

Diana Alcalá Mendizábal (ed.) (2014), *Filosofía medieval y hermenéutica*. México, Universidad Nacional Autónoma de México (Cuadernos del Seminario de Hermenéutica, 10).

La obra, compuesta por una breve presentación y siete acápitales, se aboca al estudio de diversos hermeneutas de la Edad Media. No puede afirmarse que se ofrezca aquí un panorama exhaustivo de la filosofía medieval, pues poco se dice de autores fundamentales como santo Tomás. Sin embargo, sí se despliega una selección representativa de aquélla, desde sus antecedentes en místicos del desierto (siglos III y IV) hasta algunas de sus últimas manifestaciones, como el maestro Eckhart (siglo XIV). A pesar de la diversidad de pensadores analizados y su pertenencia a un periodo cultural cuya duración fue milenaria, cada una de las pesquisas individuales resulta claramente pertinente dentro del conjunto. En contra de la tesis reduccionista que sitúa el nacimiento de la hermenéutica, reconocida cabalmente como tal, en una época relativamente reciente a partir de autores como Schleiermacher o Nietzsche, esta obra demuestra con apoyo en fuentes directas que existió una vigorosa tradición hermenéutica medieval que abrevó en autores de la Grecia clásica, entre los que destacan Platón y Aristóteles. El conjunto de la obra, por ende, se adhiere a una interpretación de la historia de la hermenéutica amplia o extendida.

El primer capítulo del libro, procedente de la pluma de Mauricio Beuchot, se titula “Hermenéutica y metafísica en la Edad Media” (pp. 11-23). El autor postula que en dicha época, a diferencia de lo que ocurrió posteriormente, no se disoció la hermenéutica de la metafísica.

En el imaginario medieval, el hombre, al ser un mundo en pequeño, es tanto texto como lector, es autor del texto e intérprete suyo, en la historia. El hombre microcosmos lee en sí mismo al macrocosmos, y de esta manera interpreta su propio texto. Y, al hacerlo, interpreta el gran libro del mundo. Con ello coinciden y se entrecruzan el texto y el contexto, la hermenéutica y la ontología (pp. 12-13).

La antropología filosófica, de acuerdo con la cual el ser humano es un microcosmos, permitió enlazar de manera orgánica ambas disciplinas y abonó al florecimiento del concepto *dignidad*. “La dignidad del hombre radicaré en su capacidad de relacionarse con todas las esferas del cosmos y de relacionarlas entre sí” (p. 16). El autor también encuentra en la hermenéutica medieval un desarrollo vigoroso de la hermenéutica analógica, como lo demuestra la obra del maestro Eckhart en el siglo XIV.

El segundo apartado se titula “Del hombre interior al hombre noble: una lectura analógica de san Agustín y el maestro Eckhart” (pp. 25-37). San Agustín de Hipona, pilar de la cultura occidental, nació estrictamente en África del Norte. Constantinopla y el Imperio bizantino, lugares imprescindibles para la comprensión de una parte de la historia medieval, hacen frontera geográfica ya con Oriente. Fernando Aurelio López Hernández se dedica precisamente a explorar la hermenéutica medieval en sus extremos. En el siglo IV se estudia la propuesta agustiniana del hombre interior; en el XIV, la del hombre noble del maestro Eckhart. “Si Agustín habitó en los albores de la Edad Media, el maestro Eckhart vislumbra el ocaso de la misma” (p. 33).

El siguiente trabajo, “El Pseudo-Dionisio Aeropagita y los símbolos” (pp. 39-58), se aboca al tratamiento del símbolo y la teología simbólica medievales; en particular, examina el símbolo de la luz, el cual aparece en la literatura filosófica en la alegoría del sol de la *República* de Platón y mantendrá su vigencia más allá de la Edad Media. Diana Alcalá Mendizábal afirma en su manuscrito que “el símbolo de la luz continúa vivo en la mayoría de los pensadores de la Edad Media, gracias a la importancia que le da el Pseudo-Dionisio Aeropagita. Éste pasa hasta el Renacimiento; Marsilio Ficino escribe *El libro sobre el sol*, en donde cita al Pseudo-Dionisio y adopta la

luz como uno de los principales fundamentos teológico-ontológicos” (pp. 47-48). El Pseudo-Dionisio Aeropagita, como buena parte de los filósofos medievales, es clasificado como uno de los “filósofos-teólogos de la Edad Media” (p. 49). Varios de los artículos de este libro hacen hincapié en la preeminencia de esta figura en la cultura del Occidente medieval.

Joel Hernández Otañez presenta su texto “Confesión y hermenéutica de sí” (pp. 59-67). En su análisis de san Agustín emplea marcos conceptuales procedentes de Ricoeur, y en particular, se estudia la confesión como una forma de hermenéutica. “Confesarse y narrarse es descubrirse siendo, pensando, sintiendo y haciendo. Es enaltecer la dimensión interpretativa del ser humano. Es, pues, querer saber de sí recurriendo a sí mismo. Es saberse texto y lector al mismo tiempo” (p. 67).

Dentro de los antecedentes de la hermenéutica medieval, además de los filósofos clásicos que acuñaron y usaron la categoría hermenéutica, Platón y Aristóteles, también pueden ser mencionados los anacoretas que se evadieron del Imperio romano refugiándose en los desiertos egipcios a finales del siglo III y durante el siglo IV. Así lo plantea el texto de Enrique Rodríguez Martín del Campo “La mística del desierto como antesala de la mística medieval” (pp. 69-84). Siguiendo la hipótesis de Douglas Burton-Christie, aquí se señala que “la mística del desierto es una hermenéutica, en tanto que el movimiento realizó una interpretación práctica de los Evangelios y, en ese sentido, concede la apertura de una forma de vida” (p. 82).

“Aportaciones de la revista *Ábside* en torno a la temática medieval” (pp. 85-95), de María Cristina Bañuelos Reyes, expone la transmisión de los filósofos medievales en la *Revista de Cultura Mexicana*. Se hace un recuento de la importancia de varios filósofos medievales en las páginas de dicha publicación a mediados del siglo veinte.

Por último, en “La teología cristológica del arte del icono como matriz del arte y la estética medievales” (pp. 97-124), Manuel Antonio Lavaniegos Espejo desarrolla la polémica estética-teológica-hermenéutica en torno a las imágenes. “Es con esta hermeneusis — a la vez filológica, retórica y simbólica— ‘cristológica’, que Teodoro Estudita consigue mostrar de un modo conveniente y equilibrado la presencia analógico/intencional de Cristo en el icono” (p. 116).

El Occidente medieval, por ende, es un fenómeno complejo en el que Europa no se encuentra completamente aislada. Por el contrario, África y Asia están presentes de alguna manera. El teólogo-filósofo católico no acaparó el monopolio del universo epistemológico; filósofos judíos, musulmanes y de otros orígenes también forman parte de la historia medieval. A diferencia del racionalismo de la modernidad cuya cúspide quizá fue el positivismo, la Edad Media, desde san Agustín hasta Eckhart, albergó tanto hermeneutas como místicos. Sucintamente, la hermenéutica medieval constituye un capítulo imprescindible de la historia de la hermenéutica.

VÍCTOR HUGO MÉNDEZ AGUIRRE